



EL GIGANTE DE ALZO CON SU PADRE

EL GIGANTE DE ALZO



Miguel Joaquín de Eleicegui, que así se llamaba el que más tarde había de ser conocido en Europa con el título que encabeza estas líneas nació en la casería *Ipintza-zarra* de la villa de Alzo, situada entre Tolosa y Alegría, el 10 de Julio de 1818.

Ninguna particularidad ofreció al nacer, pero llegado á la edad adulta, adquirió un desarrollo tal, que, dada la escasa alimentación de nuestros caseríos, equivalía á una enfermedad y creció nuestro biografiado debil é incapaz para trabajos fuertes, dando lugar con ello á la creencia equívoca en que muchos han estado, de que adquirió tan extraordinario desarrollo durante una enfermedad.

A pesar de sus gigantescas proporciones, no llamaba mayormente la atención de sus paisanos, sin duda porque lo estaban viendo á todas horas, pero el vecindario de Tolosa, á donde solía ir á vender leña, empezó á llamar la atención del muchacho, al observar que caminando él por un lado del carro de leña, le divisaban perfectamente los transeuntes desde la otra acera.

Esto causó la admiración de todos, hasta el punto de que, cada vez que iba á Tolosa, era objeto de la curiosidad general, dando lugar á que la gente empezase á decir que buenos cuartos se podían sacar con él llevándole por esos mundos.

No tardó en tomar cuerpo esta idea, y acompañado de un vecino de Villabona, se lanzó á extrañas tierras, buscando medios de subsistencia, que no le era facil arrancar al pobre y duro suelo de *Ipintza-zarra*.

La primera salida la hizo á Bilbao, viajando en un carro del país. Más tarde continuó sus correrías por España y el extranjero, en carruaje cerrado, siendo tantas las molestias que este medio de locomo-

ción le causaba, obligándole á ir siempre agachado, y, en su consecuencia, quedó su salud muy quebrantada.

Es posible que en estos viajes se alimentase mejor que en su caserío de Alzo, pero apenas hizo ahorros. Últimamente salió acompañado de su padre, en carruaje propio, que ofreciera mayores comodidades que los de alquiler, y más afortunados ó mejor administrados, hicieron algunos ahorros que les permitieron renovar su destartalada casa nativa y quedarse con algunos fondos, que, a su fallecimiento, ascenderían á unas 2500 pesetas.

En los diversos viajes que hizo, visitó distintas naciones, y la admiración que causó entre sus contemporáneos por sus colosales proporciones, puede deducirse del hecho de haber sido visto por cuatro Reyes, que son Isabel II en España, Victoria I en Inglaterra, María de la Gloria en Portugal y Luis Felipe I en Francia.

En sus correrías, encontró varios individuos que, como él, ganaban el sustento exhibiéndose al público, y parece ser que, entre ellos, el que más se aproximaba á su estatura fué una inglesa, y habiéndoles reunido á ambos y preguntado si querían casarse, se apresuró la inglesa á contestar afirmativamente, mientras nuestro paisano decía al autor de sus días: *Aita, guazen Altzora*.

Para exhibirse al público, se vestía de turco ó con uniforme de general español, como se ve en el retrato que antecede á estas líneas.

Cuando se retiró á su casa, pidió á la Diputación una pensión ú otro medio de subsistencia, y aunque debió de haber proyectos de nombrarle portero de la misma, la Comisión de Hacienda, en las Juntas de Guetaria del año 1859, informó que no encontraba méritos para conceder la indicada pensión.

Dicen los que le conocieron, que era un hombre ejemplar bajo todos conceptos, y querido por cuantos le trataban, por su extremada bondad. Afirman que de sus correrías por los grandes centros, regresó á su casa nativa tan inocente y bonachón como cuando salió.

Su entretenimiento favorito, en los ratos de ocio, era jugar al *tute*, y alguna vez, á hurtadillas jugaba á la lotería, pero era tal el sentimiento que le causaba el saber que no había sido premiado, que toda su familia se enteraba de su secreto.

Frecuentaba los sacramentos y tenía mucha devoción á la Virgen del Pilar, y se dice que en cierta ocasión, pasando á visitarla en su

templo de Zaragoza, se acumuló tanta gente en su camino, que la fuerza armada tuvo que intervenir para abrirle paso.

Era laborioso, y tenía mucho ingenio para arreglar carros, aperos de labranza y para otros oficios que se ven obligados á ejercer nuestros labradores, y sobre todo para levantar paredes secas que cercasen sus tierras, cuya labor desempeñaba con la maestría de un cantero. Aún se ven en las inmediaciones de *Ipintza-zarra* las paredes por él construidas y formando parte de ellas piezas que pesan veinte arrobas, levantadas á pulso por él.

Natural es que tan grande humanidad necesitase gran cantidad de alimentos para sostener sus fuerzas y debía ser más que regular la que consumía. Al que le servía de recadista y le abastecía de viandas, le hemos oído referir que una temporada le estuvo llevando desde Alegría una arroba de sidra al día, y que apenas llegaba ésta á sus manos, cogía una botella de media azumbre y se la soplabá de un solo trago. El ruido que producía al respirar, después de tan larga suspensión, era tal, que semejaba al que produce la entrada del aire en una caverna.

Murió el 20 de Noviembre de 1861 en su pueblo natal, donde quedaron depositados sus restos, que han sido solicitados por varios museos.

Su ataud se hizo en la villa de Tolosa, y al carretero que lo condujo á la casa mortuoria le hemos oído referir el siguiente detalle, que dará una idea de su cabida. Dice que dentro de la caja condujo un hombre, que con poca aprensión iba dormido, un pellejo de vino de 7 arrobas y dos fanegas de pan, ó sea 34 panes de á 4 libras, que, conforme al uso del país, llevaba para la comida del entierro.

De su estatura se han dado diversas medidas, según la edad en que se le midió. Gorosabel en su «Diccionario Geográfico», voz Alzo, é Iztueta en su «Kondaira», dicen que media 2 metros y 12 centímetros. Al pie del retrato á que nos referimos se dice que medía 2,35 y aun hemos visto otras versiones. Nosotros nos referimos á otras que consideramos más exactas y son las que existen en su pueblo natal, donde sus paisanos con el Rector á la cabeza le medían cada vez que volvía de una excursión, marcando á cincel sus dimensiones en la pared del pórtico de la parroquia de abajo, de donde era feligrés, y donde todavía subsisten para satisfacción del público.

Las tres medidas que hay de su altura son: primera 2 metros y 2 centímetros; segunda 2,16 y tercera 2,27.

De su anchura sólo hay dos. Primera, 2,26, y segunda 2,42. La anchura se comprende con los brazos abiertos en cruz, del extremo de una mano al extremo de la otra.

Como se vé, el máximum á que llegó fué metros 2,27 de alto y 2,42 de ancho, llamando mucho la atención esta mayor anchura respecto de la altura, porque generalmente se calcula que el hombre en cruz mide tanto como en altura.

Era barbilampiño y flaco, y á pesar de esta última circunstancia, pesaba, á los 23 años, 16 arrobas, ó sea 184 kilos. Cuando más pesó llegó á 17 arrobas y 17 libras, ó sean 203-32 kilos.

En sus excursiones no encontró ninguno que se le acercase á su estatura, y de los que hoy en día recorren España, podemos decir lo mismo. El gigante de Bejar, que es uno de los más colosos de nuestro tiempo sólo media 2,18, ó sea 9 centímetros menos que nuestro paisano, y pesaba 14 arrobas. Además éste era contrahecho y deforme, como generalmente suelen serlo los que adquieren tan extraordinario desarrollo, y el nuestro era derecho y bien proporcionado.

Pocos objetos se conservan de la pertenencia de nuestro gigante, y haremos aquí una relación de los que hemos hallado en su casa nativa, con destino al Museo Provincial.

Una silla especial hecha exprofeso para él, que tiene 0,60 de alto hasta el asiento, siendo la anchura de este 0,50 a los lados y 0,42 de adelante atrás.

Una orma de zapato que tiene 0,39 de largo.

Dos guantes de cabritilla, hechos en París, que miden de palmo, ó sea del extremo del dedo pulgar al meñique, 0,31.

Dos sombreros de copa que miden $7\frac{3}{4}$ puntos, ó sean 0,62 de circunferencia. Uno de ellos es de la sombrerería de Domingo de Guevara, fabricante de sombreros de la Real Casa, Alcalá, 4, Madrid, y lleva sus iniciales J. E.

Un retrato del gigante y su padre que está hecho á lapiz litografiado por Lujol el año 1846 y estampado en la litografía de Mr. Constantin de Toulouse. La reproducción que antecede á estas líneas es debida al Sr. Lopez Alén, ejecutada á pluma, procedimiento que nuestro querido amigo domina con suma maestría.

Hemos visto también en su casa nativa un retrato suyo, vestido de aldeano, y otro de tamaño natural en la de D. Angel Olano, ampliado por él con pericia, del que reproducimos aquí.

Estos objetos, como ya se ha dicho, quedan depositados en la Diputación con destino al museo que la Corporación Provincial está formando y darán á los que lo visiten clara idea de las proporciones del «gigante guipuzcoano.»

SERAPIO MÚGICA.

EL PAÍS BASCO JUZGADO POR LOS EXTRAÑOS

Hojeando la Historia Universal de César Cantú, hallamos párrafos que quizá no sean tan conocidos de los buenos hijos de Euskaria como debieran serlo, dada la gran celebridad de su autor.

Nuestro deseo veríase cumplido insertando cuanto del pueblo euskalduna narra el eminente historiador, pero vamos á limitarnos á lo más saliente.

César Cantú, gloria de la patria del Dante, dice así en su citada obra:

«También declaró la guerra Leovigildo (585-602) á los Euskaldunas, a los cuales llamamos nosotros Bascos ó Gascones, raza cantábrica, nunca domada por los Romanos ni por los Bárbaros, y á la cual venció, destruyendo á Vitoria. Entonces se resolvieron muchos de ellos á abandonar una patria en la cual no podían permanecer libres, y habiendo pasado los Pirineos, buscaron un refugio en la Aquitania Novem populonia, y obtuvieron de los hijos de Childeberto el permiso de residir en el Ampurdan, con la condición de obedecer al duque Genial. Así comenzó el ducado de Gascuña.»

.

«El bascuence se encuentra ya en los primeros tiempos históricos en el Mediodía de Europa, y floreció en España, hasta que los Celtas difundieron en está nación sus groseros dialectos.»

.

«La originalísima nación de los Bascos ó Euskaldunas abunda en canciones, algunas de las cuales se han dado á conocer por Labadie en la «Historia de los Bascos».